

### 073. Jesucristo, el Consagrado

A pesar de los años que han pasado, ¡hay que ver cómo se recuerda aquella noticia del asesinato de Monseñor Romero! Incluso va creciendo cada vez más el eco de aquel sacrilegio, perpetrado en una de las Repúblicas centroamericanas. Dejando aparte la causa por la que fue muerto —su entrega a los pobres, por cuya defensa luchaba como un titán—, se dio la circunstancia de que era el Arzobispo, o sea, una persona consagrada, moría en el altar, y le daban las balas cuando estaba con la patena y el cáliz alzados en el momento de la presentación de las ofrendas.

Monseñor Romero era una persona consagrada y estaba realizando una acción sagrada, a punto de consagrar nada menos que el pan y el vino para convertirlos en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Aquel crimen fue un sacrilegio en toda regla. Por eso conmovió tan profundamente la conciencia de toda la Iglesia y hasta la de todos los creyentes, sin distinción de credos.

El sacrificio de aquel Obispo santo se convierte en una extraordinaria expresión de la realidad de Jesucristo, el gran Consagrado.

La palabra “consagración” suscita respeto y temor santo. Indica algo que está lleno de Dios. O que es de Dios. O aquello en que se manifiesta esplendorosamente Dios.

Jesucristo, ya al principio de su ministerio, proclamó lo que Él sentía y vivía: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido”* (Lucas 4,18). Y se lo repetirá después a los judíos: *“Soy aquel a quien el Padre consagró”* (Juan 10,36)

Y lo consagró, no con óleo, como al sumo sacerdote de la ley o a los profetas o a los reyes, sino con la Divinidad, porque, como nos dice San Pablo, *“en Cristo habita la plenitud de la Divinidad corporalmente”* (Colosenses 2,9). Si Jesucristo es el Hombre Dios, ¿cómo no va a ser el Consagrado a Dios?

Y ahora nos vienen a la mente y a los labios las expresiones más obvias:

¡Que nadie se meta con Jesucristo!

¡Que nadie lo profane!

¡Que nadie lo injurie!

¡Que todos lo respeten!

Porque Jesús es el Consagrado de Dios. El que le pertenece más que nadie. El que es propiedad total de Dios. No hay nada ni nadie tan sagrado como Jesucristo.

Por eso también, el sacrilegio contra la Persona de Jesucristo es mirado con tanto horror. Por ejemplo, aquello que ocurrió en el frente de Rusia en la Primera Guerra Mundial, narrado por un testigo presencial de mucha autoridad.

Un soldado centroeuropeo, para burlarse de la religión católica —que enseña la presencia real de Jesucristo en la Santa Hostia—, va a comulgar, se saca de la boca con disimulo la Sagrada Forma, se la esconde en el bolsillo, y después la fija con un clavo en el poste, ante sus compañeros austríacos que miran la escena con espanto: *¡No, no, no hagas eso!...* Se abalanzan para evitar la consumación del sacrilegio, pero no hace falta, porque llegan tarde. Antes de articular palabra, el atrevido profanador de Jesucristo en la Santa Hostia cae desplomado en tierra, y su cadáver se ennegrece casi instantáneamente como un carbón. Dios calla muchas veces, pero esta vez quiso hablar sin palabras (*Lo cuenta Arthofer, testigo ocular*)

¿Y por qué y para qué es Jesucristo el gran Consagrado por Dios? Dios lo consagró con el Espíritu Santo para la mayor gloria de Dios y para nuestra salvación.

Jesucristo vivió su consagración al Padre de una manera tan radical, que es imposible imaginar una entrega más grande a Dios que la realizada por Jesucristo. Jesús mismo lo dice con expresiones bellísimas:

*“Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra”* (Juan 4,34)

*“Padre, yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar”* (Juan 17,4), dirá antes de ir a la muerte como ufanándose felizmente de su fidelidad.

*“¡Todo se ha cumplido!”* (Juan 19,30), gritará al fin con voz de triunfo en medio de su aparente derrota.

Dios quedaba plenamente satisfecho con la oblación de este Hombre, Jesús; pero que, al ser un Hombre Dios, tributaba a Dios todo honor y toda gloria, pagaba plenamente por nuestro pecado, y se convertía en el Redentor. Ahora, consagrado, en la presencia del Padre, puede salvar definitivamente a todos los que acudimos a Él, pues allí vive para interceder por nosotros (Hebreos 7,25)

Esta doctrina será todo lo grande y sublime que queramos. Podrá traspasar los límites de nuestra inteligencia. Pero es la mayor esperanza de nuestra salvación.

¿Cómo vamos a perdernos con semejante Sacerdote, Jesucristo, que vive intercediendo siempre a favor nuestro?

¿Y cómo no nos va mirar el Padre con una complacencia suma, si nosotros hemos sido consagrados por la misma consagración de Jesucristo, comunicada a nosotros en el Bautismo?

Todo lo que tiene de horrible el sacrilegio es porque profana lo más sagrado que existe y puede existir.

Y al revés, y por eso mismo: al conocer y amar nosotros a Jesucristo; al poseerlo vitalmente por la Gracia; al unirnos a Él tan estrechamente en los Sacramentos, sobre todo en la Eucaristía..., Jesucristo, el Consagrado, nos llena con toda esa vida de Dios que a Él le inunda.

Vivir dentro de la esfera de Jesucristo, el Consagrado, no es solamente esperanza. Es mucho más: es estar ya inundados por esa Divinidad dentro de la cual viviremos para siempre...